

# CENTROAMERICANA

12

**Cattedra di Lingua e Letteratura Ispanoamericana**

**Università Cattolica del Sacro Cuore**

**2007**



# CENTROAMERICANA

---

*Direttore:* Dante Liano

*Segreteria:* Simona Galbusera  
Dipartimento di Scienze Linguistiche  
e Letterature Straniere  
Università Cattolica del Sacro Cuore  
Via Necchi 9 – 20123 Milano  
Italy  
Tel. 0039 02 7234 2920  
Fax 0039 02 7234 3667  
E-mail: [dip.linguestraniere@unicatt.it](mailto:dip.linguestraniere@unicatt.it)

---

*La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.*

*Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.*

# CÉSAR BRAÑAS, TESTIMONIO DE APRENDIZ

MÉNDEZ VIDES

*“Lo insensato es, entonces, lo que nos salva;  
lo cuerdo, lo que nos arroja a la desesperación”*  
César Brañas

El poeta portugués de los heterónimos, Fernando Pessoa, dedicó más de 20 años de su vida a escribir el *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*. Cuando murió en 1935 el libro no existía como tal, sino era apenas un bulto de papel, un legajo de notas rotas, pasajes sueltos e instrucciones imprecisas sobre la manera de organizarlo: una montaña sin pies ni cabeza. La familia preservó los originales. En los años sesenta se sucedió la publicación de los primeros volúmenes de fragmentos, pero no fue sino hasta en los años ochenta cuando se publicó el conjunto completo de sus notas, lo que influyó determinantemente en la sensibilidad literaria mundial de finales del siglo XX. Una obra extraordinaria que trasmite el punto de vista individual, de un hombre solitario, retraído, aturdido por el dolor profundo de la existencia, quien juraba que *“ninguna felicidad real me hará llorar”*. Pessoa llamó a su escritura, el *“juego de solitarios”*.

Con algunos años de diferencia, ya muerto Pessoa y cuando su obra todavía se estiraba y desentumecía en las bodegas de la familia, otro poeta igualmente solitario y enigmático, César Brañas (1899-1976), hacía lo mismo en Guatemala. A la manera de un diario, que él llamó de Aprendiz, fue acumulando aforismos, pensamientos, terrores, ideas sublimes y reflexiones. Trabajaba en la redacción del diario vespertino «El Imparcial», un periódico chocho con forma de sábana donde se publicaba el pensamiento provinciano y conservador de la clase dominante. A Brañas le disgustaban los viajes, temía al bochorno y lo amedrentaba la idea de hacer el ridículo, porque no quería ser

confundido con los poetas patéticos que lo rodeaban, figuras oficiales de las que abundan siempre o escritores voluntarios necesitando tribuna. Escribió en privado, pero se diferenció de Pessoa porque no dejó su obra inédita en manos de los investigadores de la literatura, sino publicó lo suyo de manera modesta y tímida, en mínimas ediciones que él mismo editaba, imprimía y regalaba a sus amigos, porque por su obra nadie debía pagar, y obsequiaba copias a los visitantes que lo admiraban, de quienes desconfió siempre porque las lisonjas no le parecían sinceras ni creíbles. Brañas no utilizó heterónimos, calzó todo con su nombre, pero impidió cualquier intento de publicación masiva; él apreciaba las ediciones inagotables de no más de 300 ejemplares. Al publicar sus diarios íntimos estaba bebiendo oxígeno para mantenerse vivo, y nunca aceptó el reto de Augusto Monterroso que reclamaba “imponerse” para trascender. Nunca quiso ser temido y le asustaba autoincriminarse, porque se sentía condenado a ser destruido por su misma obra, como quien cría cuervos para que le saquen los ojos. Al respecto escribió en su *Diario de un Aprendiz de Viejo*:

“No podrás rescatar ninguna de tus palabras, tus palabras te aherrojarán. Las más sencillas y transparentes, tendrán siempre oculto, para su hora, para una hora imprevisible, un infinito poder de destrucción contra ti” (p. 7)

En 1945 se anima a publicar la primera entrega, el *Diario de un Aprendiz de Cínico*, y la última, *Diario de un Aprendiz de Recalcitrante* aparece en 1971. Ello implica que pasó escribiendo su diario por más de 30 años, considerando que dejó sin publicar uno último, aún inédito, cuyas fotocopias obtenidas de los originales encontrados en su biblioteca yo me vanaglorio de poseer, y que me gustaría se publicara algún día como apéndice a la obra del aprendiz que empezó cínico, se aceptó tímido, se volvió viejo, se sintió ausente, e insistió por recalcitrante hasta resultar apocalíptico. Brañas dejó escrito de manera brillante: “*La verdad es que no me gustaría morir sin ver el fin del mundo*”, y en cierta forma lo logró, porque falleció tras el terremoto de San Gilbeto, que removió la tierra y aniquiló en treinta segundos a más de 23,000 almas. Fue también después de un terremoto que destruyó a La Antigua cuando Rafael Landívar escribió su hermoso poema en latín, un idioma muerto que resultaba

congruente con la distancia y la desmemoria, o lo hizo así para no ser reconocido, porque la patria y su familia quedaron bajo escombros y él quería hundirse en la sombra. Landívar murió desterrado, añorando el paisaje de volcanes a donde regresaron sus restos siglos después y donde ahora reposa convertido en polvo. Brañas repitió la hazaña de una manera más dura, porque no se movió de su suelo, porque fue un exiliado en casa, y porque su obra apareció en vida en apenas pequeñas ediciones no comerciales que el poeta regalaba siempre a quien le placía. El terremoto fue la campana apocalíptica que llamó al fin del mundo, y tras los temblores se despidió el poeta, quedando su muerte opacada por el ruido de la tragedia. Sus restos reposan muy cerca de los que se atribuyen a Rafael Landívar, convertidos en hermanos de ceniza, y son cimiento de la identidad retraída de los antigüeños.

«*Diario de un Aprendiz de Cínico*»

El primer volumen se tituló *Diario de un Aprendiz de Cínico*, en formato mínimo, pocos folios y pasta sumamente sencilla (modelo que perdurará en las siguientes publicaciones), llevaba como subtítulo, entre paréntesis, Frontera no vigilada. Para entonces el autor tenía 45 años, había publicado cinco libros de poemas, uno de los cuales, *Viento Negro* (elegía a la muerte de su padre), había conmovido tan profundamente a los lectores que difícilmente el autor podría superar tan dramático logro. Los otros libros fueron *Antigua* (1921), *Figuras en la Arena* (1941), *Tonatiuh* (1941) y *El lecho de Procusto* (1945).

En esa época Brañas vivía solo en una casa inundada de libros, formando una inmensa biblioteca que crecía día a día como por generación espontánea, y de rosales que cuidaba esmerado en el patio. Las perpetuas rosas le recordaban la casa de La Antigua, y los libros eran su escudo y laberinto. Guatemala se había sumergido en el proceso de cambio tras el triunfo de la Revolución. Eran años intensos y Brañas se plantea íntimo e implacable, atacando con rabia y mordaz todo intento convencional de lisonja, repudia la envidia y la vanidad, siente que a su alrededor hay resentimientos agolpándose que sobrepasan lo imaginable, que las víboras están acechando y hay que cuidarse de los chismes y

rencores sueltos en el mundillo provinciano. Su máquina de escribir es un estilete que no perdona.

En el «Aprendiz de Cínico» se respira la necesidad de la afrenta para remediar la amargura. El poeta está solo y vive en un mundo que parece teatro. A Guatemala regresa el amigo antigüeño Luis Cardoza y Aragón, el flaco y extrovertido y ruidoso poeta que saltó el charco y se hizo maestro, que vivía en México y regresó enarbolando la bandera de la fama, que volvió a fundar una revista literaria y pronto emprendió la aventura de ser embajador de Guatemala ante Stalin.

Para Brañas fueron años de empequeñecimiento, porque la llama de los recién llegados le restó el mínimo protagonismo que tenía en su aldea. Pasó a presenciar el circo desde las gradas, dedicado como lector anónimo a buscar libros en los puestos callejeros, escoger ediciones raras en los puestos de obras usadas para ampliar su biblioteca, y caminaba a diario de «El Imparcial» hacia su casa todas las tardes, donde se refugiaba a leer y escribir pensamientos y aforismos en hojas sueltas, para distraer su entendimiento. Le sacaba punta al lápiz y luego transcribía las notas en la máquina de la redacción en los momentos de tranquilidad. En ocasiones tomaba valor publicaba sus pensamiento a manera de columna en la página tres, en una esquina cualquiera, sin importancia, como si se tratara de una gracia privilegiada.

Piensa entonces que escribir es un acto iluso, pura vanidad, algo vacío, una manera de imponerse a otros, de querer obligar a los demás a leer algo innecesario. Al respecto escribe:

“Piensas escribir un libro. Sueñas con un libro tuyo, mira las montañas de libros por nadie leídos, y sé humilde. ¿Para qué un libro más sobre la tierra?”  
(p. 48)

Pero él hace tal comentario dentro de un libro que además publica en mínima edición privada, y que regala como estampita a sus amigos, lo que considera un atrevimiento y excusa como bazarria de su cerebro.

En las líneas de su primer diario va perfilándose el aprendiz de cínico que se escuda en la modestia, que se refugia en el desdén para no oponerse, porque todos a su alrededor se jactan de ser más fuertes y más doctos, mientras él rinde culto a la prudencia, rehuye la estimación y se precia de tener enemigos, porque el que no los tiene pronto resulta víctima de sospechas. Evoca el gusto por la adulación, que debe ser exagerada para no pasar por mediocre, y ostenta el lujo de tener miedo. Él no persigue la gloria, porque sabe que es inútil. Y define al escritor fracasado o amargado como aquel:

“que no tuvo un coro de lisonjeadores que le diera a tiempo la impresión del triunfo, la fácil satisfacción del amor propio halagado”. (p. 35)

Burlándose de quienes sueñan con la gloria local, porque no significa nada que los chiquillos del futuro se vean obligados a leer las líneas escritas por un desconocido y olvidado autor de provincia, que es el título que él mismo se confiere.

Observa la situación de Guatemala, un paisito disfrutando del éxito de una revolución que ha traído cambio y aventura tras la larga tiranía del tata General Jorge Ubico, pero duda de la desaparición de la fuerza represora, porque más allá del caído dictador están los miles de pequeños émulos habitando los hogares comunes y corrientes. Desconfía de quienes celebran la libertad, porque ellos mismos podrían ser tiranos de los suyos, y quizá atenten también contra los demás.

“Una tiranía sólo es el vértice visible de una ancha pirámide de pequeñas tiranías. Sola, aislada, no se sostendría en ninguna parte” (p. 17)

El escritor se dispone a ser simplemente un observador en la vida, así como es lector de ficción. Considera que algún día será juzgado por su falta de participación en la acción revolucionaria, lo que lo entristece porque él no tiene ese ánimo que al menos le permitiría armonizar con sus contemporáneos.



Él se delata como un griego fuera de época, otro Asclepio perdido en un tiempo que no le corresponde.

“Da tristeza vivir en un tiempo en que ocurren grandes hechos y no tomar ninguna participación ¡ni fuertemente sentimental!, en ellos. Por ejemplo: la revolución rusa, la revolución española y esa otra larvada y contrahecha — ¿enmascarada?— que puede ser la transformación mundial de nuestro siglo. Da tristeza, coraje, vergüenza, como si ya fuéramos nosotros nuestra propia, exigente posteridad juzgándonos.” (p. 16)

En cuanto al amor su cinismo transita por lo que le hace a la belleza el tiempo y el descuido, con remedos de broma que sufren de sutileza amarga:

“Una de las tragedias más grotescas que pueden ocurrirnos es ver cómo han engordado las mujeres a quienes amamos un día” (p. 18)

Brañas se da a la tarea de desenmascarar la doble moral de la sociedad, los vicios escondidos detrás de las virtudes aparentes, repudia la adulación y el servilismo, el falso respeto, convirtiéndose en una especie de moralista en tiempos de corrupción, indiferencia y desprecio, donde él mismo se constituye en su propio antagonista:

“Soy mi antagonista más tenaz. No haré nada. Nunca seré nada. Me revolcaré en mis problemas. Me hundiré en el tremedal de mis conflictos. Estaré solo en mí. Y seré siempre mi jauría” (p. 42)

En el primer diario, el lector se aproxima al desvalido homo que no se esconde en heterónimos como Pessoa, sino en variedad de voluntades dentro de su diario, siendo al mismo tiempo varios. Los textos son enérgicos y su moralismo implica una voluntad domesticada y férrea.

#### «*Diario de un Aprendiz de Tímido*»

El segundo volumen de su diario aparece cuando el autor tiene 56 años, bajo el título de *Diario de un Aprendiz de Tímido*. Han pasado once años,

período que coincide con el ascenso y derrumbe de la revolución guatemalteca, años durante los cuales no volvió a publicar poesía. El cínico se arremangó la camisa y se resignó, tiene que ceder y aceptar que la realidad lo superó, cede y pide una tregua.

“Me equivoco en todo lo que emprendo, en las opiniones que expreso, en las apuestas que concierto, en los candidatos en quienes deposito mi simpatía. Ensayaré a proceder en todo en sentido contrario a lo que pienso y a lo que siento. Sólo vacilo en cuanto a amar las cosas y a los seres que desprecio” (p. 37)

En el nuevo diario Gras es un hombre tímido y débil, prudente o disimulador, y acepta que se equivocó, que la osadía de pensamiento no ha suplido su falta de decisión en la vida. Ve el tiempo como algo que pasa irremediamente. No ha cumplido la meta de convertirse en escritor, y menosprecia a quienes a su alrededor él considera escritores de revista (anhelando alguna mención en una de ellas) o de salón, que hacen de la literatura un modo de entretenimiento, una forma de realización social. La verdad es que las nubes pasan siempre por encima de sus cabezas, porque el infinito es inalcanzable.

“Hay escritores de revista como hay escritores de salón. Que aparezca el nombre de uno en una gran revista, qué ascenso tan grande (se siente uno ya coronel). Sin embargo, las nubes siguen pasando por encima de la personal estatura. Y un poco más, aún.” (p. 37)

Se proyecta como autor de una filosofía casera y se expone al fracaso, pero aferrándose a la fantástica posibilidad de la trascendencia literaria. Así escribe:

“Humildemente me resigno, de antemano, a mi papel de ejemplar de fracaso. Y cuánto diera por ser un fracaso ejemplar”.

En lo sentimental aborda su realidad de soltero empedernido. No se casó. Ya no puede responder a la pregunta obstinada como lo hacía antes: “*todavía no*”. Ahora es simplemente una negativa, no lo hizo por una “*constelación de motivos*” aunque bastaría con uno que no revela. Su vida sentimental se reduce

a ver envejecer a las amigas, o a desconfiar de la tendencia infiel de las mujeres, y se siente observado y juzgado por su actitud retraída de solterón ilustre.

“Te verán como un apestado, si evades la lujuria. Necesitas murmurar de tu lujuria, escarnecerte por concupiscente”. (p. 29)

Su visión de la vida está sugerida por la sensación vacía de una existencia sin grandes pasiones ni descubrimientos, que necesitaría de la ficción para ser interesante. De alguna manera el tímido autor se conforma con el anonimato y la aburrición.

“Esta es mi vida, sencilla y triste. Agréguele lo que quiera de leyenda o de calumnia, para que sea digna de la biografía.” (p. 18)

«*Diario de un Aprendiz de Viejo*»

Tras haberse esfumado el sueño de la revolución guatemalteca, Brañas resurge en su aldea y se dedica nuevamente a escribir y a publicar poesía con ardor, son siete nuevos libros los que imprime en los años siguientes: *Zarzamoras* (1957), *Raíz desnuda* (1958), *Ocios y ejercicios* (1958), *El carro de fuego* (1959), *El jardín murado* (1960), *Palabras iluminadas* (1961) y *El niño ciego y otros poemas* (1962). Este es su lustro más productivo, pero termina cansado y en 1962 da a luz el tercer tomo de su diario, que titula de «Aprendiz de Viejo».

“Sé que mis días están contados y siembro flores que no he de ver, adquiero libros que no he de leer, dispongo cosas que no deberían importarme ya, miro con ansia a las muchachas que pasan, festivales, hacia otros ojos” (p. 18)

Aflora el desaliento, el desconcierto ante lo efímero de la existencia, se implanta la duda de la existencia de Dios y la aberración ante la realidad de la vida pública, la corrupción, el dominio de los intereses de los individuos sobre los proyectos colectivos, y la sensación de ser víctima de una sarta de traidores disfrazados de amigos, que sólo están aguardando a que se duerma para inyectarle su veneno.

“No ignores que vas cargado de áspides y que acabarás cargado de cadenas”  
(p. 7)

En lo sentimental, llega a niveles de misógino, donde la mujer es una trampa, el engaño, dispuestas ellas siempre a la infidelidad y la coquetería, dedicadas a los “*oficios de su sexo*”. Se acepta solo, lo que le parece una característica de la vejez.

“la mujer es una trampa que la naturaleza nos pone en el camino” (p. 20)

“Dama rica y elegante. Podía permitirse el lujo de tener un amante pobre. Entre sus amantes.” (p. 9)

“consideraba...que la fealdad incuestionable de su mujer era para él un sólido seguro de fidelidad,...El tiempo lo desengañó” (p. 12)

“tenía aquella guapa señora, la belleza voluptuosa y el aire soñador de un primer adulterio” (p. 30)

Sobre el oficio de la escritura explica como motivo vanidoso tratar de oponerse a la realidad de que los seres humanos pasan como la hierba o los animales. Una manera de aferrarse a la vida, ante la imposibilidad de los cuerpos. El deseo de perdurar. En la literatura no se puede aspirar a la perfección, apenas se hace lo que se puede. La mediocridad lo atemoriza, el terror de ser calificado como una figura secundaria.

“Escritor a la defensiva: — No leo los libros de mis amigos y compatriotas, por no morirme de envidia. O bien, por no sucumbir a la tentación de imitarlos. Tengo demasiado con los libros que debería escribir y no escribo”. (p. 23)

“Murió de un accidente secundario. Hasta en eso secundario”.

El viento negro del resentimiento hacia su país planea sobre su imaginación, él tuvo la oportunidad de quedarse en París, pero pronto se desesperó. Le hacía falta el paisaje de volcanes y el cielo azul que perdió Rafael Landívar en contra de su voluntad. Un día llegaron los soldados españoles y lo

encarcelaron junto a los demás sacerdotes jesuitas en la húmeda y horrorosa prisión próxima al océano Atlántico, donde aguardó por un bote sin destino que lo expulsó del hemisferio cristiano. Anduvo errante hasta que Bolonia lo acogió. Brañas no quería sufrir ese delirio, y menos aceptarlo voluntariamente. Entrando en la vejez se le revuelven las ideas, se contradice, se percibe en la lectura de sus notas el desasosiego. Se quedó en Guatemala y no es nadie, mientras los amigos que se marcharon triunfan, y a él le corresponde aceptar el destino de las ruinas y la soledad. Lo único a lo que puede aspirar es a la pequeña gloria de la adulación de sus conocidos, los que se lucen en los funerales donde la víctima ya no puede participar ni defenderse.

“Por supuesto, nadie te negará el derecho a soñar con funerales suntuosos, toda tu aldea en tu cortejo. La aldea que has aborrecido, tiene el deber de echarse a llorar a tus pies”.

“¿Por qué la civilización nos encierra en fábricas, talleres, oficinas, escuelas, templos, cárceles, minas, sótanos, tugurios, alcobas o palacios, todo prisión de nuestra alegría...?”.

“Se excusa de ser un genio en su casa, para los de su casa. ¿Qué quiere usted? Él no tiene la culpa. Acaso la tiene su país.” (p. 34)

“Qué deprimente historia la de ese país. Sólo dictaduras y tiranías. Ah, pero también gloriosas revoluciones. Que se hacen dictaduras y tiranías a la vez.” (p. 45)

Se ha vuelto más desconfiado y cauto. Ahora cree que su crítica es irresponsable, un acto poético vacío y nada más. Hay miedo, conciencia del fracaso amplificado por la envidia, se siente melancólico ante el destino de tristes bebedores a su alrededor que cultivan el miedo y la incertidumbre bajo la sombra de Baco.

“Nos hemos dedicado a cultivar el miedo. Nos apasiona el estremecimiento de pavor, paladeamos la incertidumbre. Fortalecemos los motivos para que nuestros nietos no nos entiendan” (p. 18)

Es un aprendiz de viejo, tras el incendio del cínico y el apagón del tímido. Como avestruz se refugia en libros y pensamientos, y percibe que todo lo que escribe son disparates, por inútiles, sintiendo que ya puede esperar la muerte.

“Satisfecho de no haber hecho nada en la vida, ya puedes morir” (p. 34)

«*Diario de un Aprendiz de Ausente*»

En los siguientes cinco años publica dos nuevos libros de poesía, *La sed innumerable* (1964) y *Cancionerillo de octubre* (1966), que serán los últimos, porque de allí en adelante apagó radicalmente su voz poética aunque siguió navegando por las reflexiones íntimas en sus cuadernos. En 1967 publica el *Diario de un Aprendiz de Ausente*. En dicho volumen el autor adopta el tono de sabiduría acumulada por la experiencia, se identifica como un solterón otoñal sin ambiciones, manifiesta cansancio y cree que su deber es no fastidiar, y que su diario es apenas una olla de grillos que no importa ya, porque el autor más que terminado se descubre ausente, triste e inconforme porque no tuvo el vigor que hacía falta para florecer. Uno de sus amigos escritores, Miguel Ángel Asturias, acaba de obtener el Premio Nobel de Literatura. Es el mes de noviembre. Brañas se pasea por las calles de La Antigua apreciando el paisaje, los celajes sobre el Volcán de Fuego, con varios ejemplares de su diario que huele a tinta fresca, listo para obsequiarlos a aquellos con quienes se encuentre, sintiendo que el tiempo invertido en tantos versos fue inútil, porque su obra no trascendió, y se siente perdido.

“Ponte a llorar, hermano: hemos perdido la vida”. (p. 19)

“Darse cuenta del momento en que uno se convierte en obstáculo” (p. 79)

“Mi tristeza consiste en que soy la inconformidad sin la fuerza” (p. 30)

“No quise nada y hubiera sido lo mismo querer” (p. 39)

“—Sé bueno si no puedes ser otra cosa. Sé tolerante, si no puedes imponer tus ideas. (En otras palabras: sé tú mismo lo menos posible. Y menos aún, lo que quisieras ser)”. (p. 8)

“Ocupado en ir muriendo, no me doy cuenta de que pasan los días, los años y las señoritas” (p. 73)

“¡Qué derrumbamiento! Darnos cuenta que no somos tan grandes e importantes como nos lo creíamos. Y más, que nos lo hagan notar ante aquellos que suponíamos nos consideraban con la misma opinión nuestra” (p. 19)

Vive su plenitud convencido de que su obra no permanecerá, así como tampoco tuvo descendencia ni la tendrá, y le ronda por la cabeza el asunto del suicidio y el deseo de detener la irresponsable reproducción humana. Hay en sus aforismos cierto cansancio, ya no le agrada andar jugando al juego de nadie, hay que alejarse para que no le hagan daño las mordeduras de los amigos, y detesta más que nunca la adulación. No parece temer a la muerte, a veces hasta la invoca. Invita al nihilismo y a la indolencia, dudando de todo. El azar y las equivocaciones lo divierten, se mofa del juicio ajeno que todo lo confunde.

“Atribuirán tus traspies a tu talento y tu éxito a tu buena suerte”. (p. 59)

En este diario, el autor ataca a quienes lo adulan, llama desacreditadores del país a los escritores de cuentos y novelas regionalistas, se ubica junto a los vencidos, se denuncia contradictorio e inconforme sin la fuerza, con manos vacías, con todos los vicios de la sociedad metidos dentro de su cuerpo como demonios.

Pero hay siempre visos de sueño e ilusión, que reconfortan aún en contra de la certeza de que la vida se le ha terminado, porque perecerá. El poeta es un contemplador que tiene que ir renunciando a todo.

“Algunos (imagino) se aventurarán tal vez por los laberintos de mi pensamiento, y sonreirán. Otros, transeúntes, solemnes o apresurados, lo desdeñarán” (p. 33)

“Trabajo contra mi gloria: no tengo bastante vanidad. Mino la tierra en que me muevo, para que no soporte ningún pedestal”. (p. 34)

“me gusta permanecer en la sombra y el silencio y desde allí ver bullir a las gentes”.

“Te interesa mi biografía. Mírala desnuda. El pasado, escombros de mis yoes perdidos. El presente, esta construcción jactanciosa, levantada sobre la arena. El futuro, la sombra que viene” (p. 79)

El país aparece en el panorama como tierra de nadie, perfecto planeta para alguien solitario y confundido. Guatemala es un país que no conduce a parte alguna, como un círculo vicioso que atrapa al títere y lo mueve atraído por las fuerzas del arcano

“Disperso mi pensamiento en naderías que no conducen a ninguna parte, como los caminos de mi país” (p. 44)

“Me enorgullezco de pertenecer a un país en que nadie está de acuerdo con nada, donde todos protestan por todo. Yo también. Contra todo, contra todos. (p. 46), “Servimos a poderes incontrastables, misteriosos, cuyo rostro no se nos revela” (p. 53)

«*Diario de un Aprendiz de Recalcitrante*»

Cuatro años más tarde publica la quinta entrega de su diario, el *Diario de un Aprendiz de Recalcitrante (1971)*, en donde se define como un aprendiz eterno, que se repite y vuelve a perseguir lo mismo toda la vida, como el día que precede a la noche.

“Porque siempre se vuelve, o se debe volver, a ser aprendiz de lo que se ha sido, de lo que se quiso ser” (p. 3)

Primero fue aprendiz de cínico, luego tímido, se convirtió en aprendiz de viejo y de ausente, y al final en recalcitrante. En su último diario opta por el delirio, cargado de sabiduría, ingenio y humor. Un nuevo fulgor lo abate, las heridas se cierran y se dedica a elaborar pensamientos más extensos, llenos de vida, que en cierto momento expresan lujuria.

“No sé qué tenía aquella muchacha. Todo era verla, y darme ganas de salir corriendo. Con ella.” (p. 5)



“Digan lo que digan los respetables códigos y la moral, raptar a una muchacha, ¿no es, sencillamente, ejercer el autoservicio? De todos modos habrá que pagar.” (p. 6)

El mundo contemporáneo ingresa a sus intereses, el tema del dinero, la geopolítica, el napalm, las computadoras, la democracia. Pareciera que ahora goza la vida, que se acepta como es, se burla del moralismo y anhela la sinvergüenzada. Reír, gozar, pasar bien el tiempo. Nada de explicaciones ni de psicoanálisis.

“Si te están tomando muy en serio, tienes el deber de sentir la necesidad de hacer una pirueta, me decía mi maestro. Él sabía hacer sus travesuras.” (p. 12)

Hasta cuando enfrenta el tema de la literatura, lo hace con ingenio y donaire. Ya no suena trágico ni fracasado.

“en las postrimerías de mi carrera de escritor tengo la convicción de que me gustaría, sobre todo, no haber escrito nada”, (p. 23)

“gran poeta es aquel que a los veinte años muere o deja de escribir” (p. 24)

“Renuncio a lo que no me importa. ¿No he renunciado antes a lo que me importaba?” (p. 41)

### *El «Diario Póstumo»*

César Brañas donó su casa a la Universidad de San Carlos, y allí perdura la biblioteca que atesoró en vida, a la que se han sumado las bibliotecas de Luis Cardoza y Aragón, de Mario Monteforte Toledo y de otros escritores que legaron sus libros a tan noble obra. La biblioteca es inmensa, al punto que sobrepasa las posibilidades del lugar físico. Allí, entre tantos documentos, aparecieron trece páginas de lo que sería el último diario que Brañas estaba escribiendo. Las páginas no están fechadas, y fueron escritas a máquina con correcciones de puño y letra del autor, donde reclama para sí el apelativo de apocalíptico.

“Cuadraría bien a mi vejez, ahora que toco los extremos límites de la ancianidad, que se dijera de mí: ¡es un viejo apocalíptico! (La palabra suena bien. No sé lo que quiere decir. Me complace).” (p. 8)

En sus últimas reflexiones vuelve a surgir el aprendiz de cínico, como en su primer diario, afilado el estilete para endilgar su amargura y resentimiento, porque al final de su vida se siente cansado y lo invade el desaliento, se siente relegado y menospreciado, y la vida le parece tediosa.

“Cada día estoy más lejos de lo que he amado. Cada día se me relaga más.” (p. 7)

“Me he sentido menospreciado de todos, y no me atrevo a decir que menosprecio a todos” (p. 7)

“Odio lo malo; lo bueno me cae mal; lo regular me hastía. El cuarto término medio es el tedio. Calificaciones, gradaciones. Confesión que habría de favorecerme mucho, y por eso no la hago”. (p. 6)

“Hago honorablemente el esfuerzo de vivir. Pero, ¿se me dará licencia para confesar que estoy cansado del esfuerzo?” (p. 4)

Está viviendo sus últimos años, ya no publica poesía y su pensamiento da cuenta de lo que considera una vida perdida de protagonismo porque no tuvo sensibilidad social y no participó ni se comprometió con los movimientos de lucha social del siglo XX. No tomó causa, no panegirizó ni pontificó a nadie, optó por apartarse de quienes reclamaron la justicia social y eso lo convirtió en enemigo para muchos. Se dedicó a leer, a observar el comportamiento humano y a pensar, lo que le ganó el olvido.

“No tengo sensibilidad social. Me complace en declararlo, sin rubor y sin modestia. ¿Para qué iba a tener yo sensibilidad social, cuando tanta gente honrada dice que la tiene, y no sabe qué hacer con ella?” (p. 9)

Le pesa profundamente la quimera de la edad de oro, que en su memoria bien podría coincidir con los años de la revolución guatemalteca, que para sus

colegas es la memoria de lo grandioso pero para él fue un período de olvido y desdén.

“La edad de oro es una desacreditada quimera que lisonjea la vanidad del hombre, haciéndolo situar en una edad incierta todo aquello de mejor, de más puro, de más noble y más placentero que soñó vivir y no lo tuvo en sus días. Que no haya existido sino como ficción y vaho anhelo, es, sin embargo, providencial alivio para el hombre: cómo sufriría, de saber incontrovertiblemente que la edad de oro hubiera sido una realidad.” (p. 10)

Su decisión personal consistió en permanecer en Guatemala, porque amó el paisaje y detestó la idea de convertirse en extranjero. Pero los demás se marcharon y hubo algunos que triunfaron, ganaron reconocimiento y protagonismo, mientras él se fundía con el suelo.

“No por rutina patriótica, sinceramente, admiro los paisajes de mi país, me emocionan como a un extranjero que los contempla por primera vez. Lo penoso es que yo quisiera que fueran de mi país. Porque —y no lo cuente—, como todo, los hemos hemos pignorado y no podremos ya rescatarlos. Y por más que hago, yo no puedo ser un extranjero.” (p. 4)

César Brañas se contempla a sí mismo al final de la vida y se considera el fruto de sus lecturas, siendo en él la muchedumbre, y un objeto fijo que se mueve al lado de un río quieto:

“Yo soy, con todas sus contradicciones, esa muchedumbre que discurre por mi pensamiento” (p. 8)

“Soy como las ciudades que pasan a la orilla de un río que se queda” (p. 10)

Toda su experiencia se resume en admitir que los amigos que triunfaron lo hicieron con talento, subidos en el barco de los acontecimientos sociales que él evadió. Con inmenso resentimiento Brañas siente que no fue justo. Que el mundo se olvidó de él. Es así como en su última reflexión despidió tanta tristeza y desaliento, reclamando su reivindicación.

“Estoy pensando que no se le ha hecho, que no se les hace justicia a los dictadores, y menos aún a los tiranos. Los tiranos son útiles. Mantienen a los pueblos —esas fieras— sosegados sin necesidad de tranquilizantes. Fomentan la riqueza para que las revoluciones triunfantes encuentren mucho que destruir y mucho dinero que dilapidar. Pero algo más: son utilísimos para que los novelistas hallen argumentos y fama escarneciéndolos, cuando ya están lejos de sus zarpas, y para que, cuando han caído, surjan muchos héroes y demuestren su heroicidad vilipendiándolos, haciendo ironías de sus torpezas y condenando enérgicamente a los pueblos que los sufrieron (y los formaron). Ellos, en cambio, los combatieron, casi siempre, a prudente distancia, desde otros países libres, no en el propio, “porque allí no se podía hacer nada” y porque allí predominaba la vileza. Emociona comprobar la lozanía de los viveros de héroes ignorados y de víctimas inverosímiles que prosperan de las cenizas de los tiranos, de los dictadores...

—Entonces, ¿usted aprueba y alaba la opresión, las humillaciones, los crímenes, las víctimas, producidos por el fenómeno sociológico-político de las dictaduras, de las tiranías...?

—No. Yo escribo historia.” (p. 13)

Se nos congela la sangre al leer la furiosa despedida de un autor enigmático y solitario que vivió siempre al margen de los acontecimientos sociales, como observador preciso de la condición humana. Su sensibilidad fue expresada a lo largo de más de treinta años en un formato de pequeños diarios, en un acto inconsciente de defensa, como pegando gritos para que el mundo presencie algún día la injusticia a la que fue sometido. El poeta del Jardín Murado y Viento Negro está prácticamente olvidado. Pereció como le sucede a tantos que evaden el protagonismo, aunque su obra sea tan profunda y apasionante.

Él quería y no, desaparecer. Se aferró a la íntima reflexión, legándonos un testimonio intelectual único, que poco a poco será reconocido y apreciado, porque perteneció a la generación de los más grandes autores guatemaltecos, porque en su obra está edificada nuestra identidad, porque su experiencia tiene carácter universal, porque su desasosiego es ejemplo vivo de lo que ocurrió en

el siglo pasado en el mundo, y porque su talento está vivo en páginas que permanecen inéditas esperando tiempos mejores para su resurrección.

### *Bibliografía*

#### Diarios de un Aprendiz

*Diario de un Aprendiz de Cínico*, Unión Tipográfica, 52 páginas, 1945.

*Diario de un Aprendiz de Tímido*, Unión Tipográfica, 47 páginas, 1956.

*Diario de un Aprendiz de Viejo*, Unión Tipográfica, 64 páginas, 1962.

*Diario de un Aprendiz de Ausente*, Unión Tipográfica, 81 páginas, 1967.

*Diario de un Aprendiz de Recalcitrante*, Unión Tipográfica, 44 páginas, 1971

*Diario póstumo*, Inédito, 13 páginas.

